

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

# EL OMNIBUS

UN AÑO.

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, y un cuadro por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## VAN DYCK.

(Continuacion).

### II.

Después de decir *adios* el joven artista á todos cuantos amaba, emprendió su camino lentamente hacia Bruselas. Cerca de la rica villa de Savelthem, dos hombres que seguían aquel camino pusieron sus caballerías al mismo paso que la de Van Dyck, y trabaron conversacion con él.

—Buen caballo llevais.

—Muy bueno; es regalo de mi maestro.

—¿De vuestro maestro?

—Sí; soy discípulo de Rubens.

—¡Rubens! exclamó uno de los aldeanos; ¿quién no le conoce en Flandes? ¿Luego sois pintor?

—Sí, y me dirijo á Italia.

—Y yo, que soy el burgomaestre de Savelthem, estoy encargado de buscar un pintor. Gracias á este encuentro mi encargo puede quedar cumplido si consentis en acompañarme.

—¿Teneis necesidad de mi arte? preguntó Van Dyck.

—Sí. Hace falta para el altar mayor de nuestra iglesia una *Sacra Familia*; se ha echado una derrama entre los vecinos, y hemos podido reunir una no despreciable cantidad de florines.

—No faltará pintor, dijo Van Dyck; estad tranquilos, que no quedará el cuadro por hacer.

—No perded tiempo; desde este momento nos pertenecéis.

—Convenidos.

El burgomaestre condujo á Van Dyck á su casa, y empezó por regalarlo prodigamente. Frente al artista fué á sentarse con los ojos bajos una joven rubia de diez y ocho años, hermosa como los ángeles.

—Esta es mi hija, mi Stelina, dijo el aldeano con cierto orgullo paternal.

—A fé mia, exclamó Van Dyck, el cielo me colma de favores. El encargo de una obra al principio de mi viage, la ocasion de pintar una *Sacra Familia*, asunto que me agrada sobre todos, y un modelo sin igual para la Virgen Maria.

—¡Cómo! exclamó admirado el burgomaestre; ¿os parece mi hija digna de tanto honor?

—Yo seré el honrado, si esta señorita consiente en servir de modelo á un aprendiz de pintor.

—¿Sabes, mi querida Stelina, interrumpió el burgomaestre, que será muy satisfactorio para

nosotros que los habitantes del pais vengan á orar delante de tu imagen?

—Yo no lo permitiré nunca, exclamó Stelina.

—Permitelo, hija mia, conviene al mejor servicio de Dios.

Algunos dias trascurrieron en una vida laboriosa é intima. Stelina habia llegado á ser la amiga intima del artista: ella lo animaba, ella ofrecia á sus ojos las mas lisonjeras perspectivas del porvenir.

—¡Ah! se preguntaba algunas veces Van Dyck; ¿qué es lo que yo voy á buscar tan lejos? Quizás agitaciones, combates, luchas horribles, en tanto que aquí se goza de una vida apacible y risueña.

—Si, Antonio, respondia Stelina, pero Savelthem es una aldea, y una aldea no conviene por mucho tiempo á un hombre como vos. Obedeced á vuestro maestro, pues os manda á un pais donde hay tan buenos pintores, no estareis en él de mas.



Van Dick, recibiendo lecciones de su madre.

—Bien, obedeceré á Rubens y á Stelina; pero no quiero dejaros sin regalar á vuestra iglesia otro cuadro, que será un recuerdo personal. Ya lo tengo empezado.

—¿De veras?

—Es un *San Martin* á caballo, partiendo su capa con un pobre. El santo seré yo, el caballo

el que el generoso Rubens me ha regalado. Vos mirareis algunas veces esta pintura, ¿no es verdad, Stelina? ¿Me olvidareis?

—Nunca, señor, nunca.

El artista, que como su ilustre maestro, debia recibir los encargos mas honrosos y las pruebas mas unánimes de la estimacion de los soberanos, empezó su carrera pintando para simples campesinos, para una humilde iglesia de aldea.

### III.

Nos hallamos en el suntuoso palacio del cardenal Bentivoglio: Van Dyck está en él. El prelado le habia conocido durante su nunciatura en Flandes, y cuando supo su llegada á Roma, quiso tenerlo consigo. Un magnifico retrato fué el resultado de esta proteccion, que no debia tardar en proporcionar al joven artista multitud de

envidiosos. En Venecia, Van Dyck habia copiado modestamente al Ticiano y al Veronés; en Génova habia dado las pruebas mas relevantes de su genio; Roma, plagada de recuerdos y grandes obras del siglo XVI, le ofrecia el teatro de la verdadera gloria, y para colmo de dicha, Bentivoglio le allanaba todas las dificultades;



pero la envidia estaba alerta con sus armas emponzoñadas. En esta época la ciudad eterna contenía en su seno toda una colonia de pintores flamencos: estos quisieron asociar á Van Dyck á su vida disipada, á sus hábitos de pereza y embriaguez; pero fueron despreciados altamente; en casa de Van Dyck la conducta estaba á la altura del talento; el único defecto que hubiera podido echársele en cara era una generosidad imprevisora, que daba sin calcular y sin fatigarse nunca. Abandonados por su compatriota, los flamencos solo pensaron en vengarse. El mejor medio era desacreditar el estilo de Van Dyck, el de presentarle como un ignorante presuntuoso que no sabía manejar los pinceles; de irle privando poco á poco de aquellos protectores que aun no habían tenido tiempo de apreciarle, y que pronto le retirarían su amparo. Esta guerra detallada producía su efecto; el aprecio del cardenal por Van Dyck empezó á debilitarse, y un día el joven artista comprendió que no debía volver á presentarse en el palacio de su eminencia.

Abatido por esta desgracia se encontró en uno de esos momentos en que desalentado el genio, no sabe qué rumbo tomar, cuando uno de sus enemigos vino á darle el pésame irónicamente; Van Dyck lo recibió con el mas alto desprecio, pero sin exhalar una queja contra la inconstancia de los protectores. En el mismo instante entró el caballero Nanni, uno de los hombres mas distinguidos de su época.

—Querido Van Dyck, le dijo; he sabido con una satisfacción imposible de describir que no pensais prolongar vuestra residencia en Roma.

—En efecto, contestó Van Dyck con una sonrisa melancólica; se ha trabajado mucho con ese objeto.

—Estoy encargado de una misión cerca de vos. S. A. el príncipe Filiberto de Saboya, virey de Sicilia, desea encomendaros algunas pinturas para la ciudad de Palermo. Si aceptais sus proposiciones mañana salimos de aquí.

Van Dyck se volvió hacia el compatriota envidioso. Este había desaparecido.

## IV.

La gloria condujo á Van Dyck á Sicilia; la maldad y la envidia le arrojaron de aquel suelo. Después de una larga residencia en Italia, se resolvió á volverse á su país; mas para él aun no había sonado la hora de la justicia completa. Los canónigos de Courtray le habían mandado hacer un gran cuadro para el altar mayor de su colegiata. Hizo un crucifijo y eligió el momento en que los verdugos, después de haber clavado la celeste víctima en el instrumento del suplicio, lo elevaban para fijarlo en tierra.

Terminada la obra se presentó el capítulo.

—¡Detestable mamarracho! Esclamaron al verla todos los canónigos con voz unánime. Nosotros no queremos esa informe composición.

Y se retiraron furiosos.

Van Dyck sin murmurar, ordenó á los obreros que colocasen el cuadro. No pasaba un día sin que los canónigos quisiesen quemarlo; al fin algunos apasionados al arte llegaron á Courtray y admiraron la grande obra, hasta entonces desconocida; bien pronto sus alabanzas atraieron una multitud de curiosos. Los miembros del capítulo, algo avergonzados de su ignorancia, fueron á pagar á Van Dyck el precio convenido, y á encargarle otras pinturas.

—Lo que se me debe lo recibí de muy buena gana; en cuanto á trabajar para la colegiata de Courtray, debo confesarlo, no me siento con mucha disposición. Mañana parto para el Haya, á donde S. A. el príncipe de Orange se ha dignado llamarme.

Y así era la verdad: Enrique Federico de Nassau le había significado su deseo de poseer de su mano su retrato, el de la princesa y el de sus hijos. A imitación del soberano, toda la corte quería ser retratada por Van Dyck.

(Se continuará.)

## AMOR Y FATALIDAD.

## LEYENDA CABALLERESCA.

(Continuación).

## VI.

## UNA ENTREVISTA FATAL.

La llegada de Ferran anunciada á Florinda, hizo variar completamente la posición del barón y de Acuña.

La hija de don Beltrán se presentó radiante de hermosura; sus gracias realizadas por la elegancia, riqueza y buen gusto de su traje; llevaba un vestido de terciopelo azul bordado de oro; su cabeza iba graciosamente cubierta con una toquilla trasparente rizada, y con lágrimas de plata; sus cabellos peinados en pequeñas trenzas, caían á un lado y otro de sus pálidas mejillas. Nuestras conocidas doña Gervasia y Ponciana la seguían con multitud de pagedillos y criados, los que á una señal de don Beltrán dejaron libre la estancia de su presencia, dejando en entera libertad á sus amos para que entre sí discursaran lo que les placiera.

Don Beltrán, dueño ya enteramente de sí, se preparaba para la escena que se debía seguir, en tanto que Roberto, enamorado como sabemos, no se atrevía ni á moverse, creyendo que tenía ante él una de esas deliciosas y fantásticas figuras que entrevemos en sueños, y que desaparecen apenas abrimos los ojos á la luz de la realidad; pero convencido al fin que por esta vez no soñaba, con voz trémula y apasionado acento dijo á la hermosa:

—Feliz es este día para mí, pues tengo la inefable dicha de contemplar á la hermosura sin igual, á la incomparable Florinda.

—No sin razón, caballero, gozais fama de galante, respondió ella.

—Si galantería es pintar groseramente lo que mis ojos ven, no negaré esa fama de galán que disfruto.

—Exagerais un tanto, ¿qué mucho si venís de la corte?

—¡Ah Florinda! la corte no encierra sino damas, que comparadas con vos... ¡qué digo, comparadas!... ¿puede acaso existir comparación entre ellas y la hermosa castellana?... ¡Dichoso mil veces el que se llame vuestro esclavo!

—¿Cómo! interrumpió el anciano, que paseaba en el salón, ¿no venís á ser esposo de Florinda?

—Lo seré, repuso con firmeza Roberto, si doña Florinda no se opusiera á ello; si al contrario lo rehusase, Roberto de Acuña se conceptuará dichoso en acatar el primero su voluntad: esta última parte dijola con voz débil é insegura.

—Mi hija os hará conocer sus intenciones en este punto, replicó don Beltrán mirando fijamente á Florinda como imponiéndola su voluntad.

La joven, que merced á una poderosa fuerza de voluntad había dominado los sucesos hasta entonces, se creyó salvada por las palabras del caballero, la mirada de su padre la volvió á colocar otra vez en su actual posición, y vacilando de nuevo, se cerró su boca, que se había abierto ya para hablar.

—Es decir, ¿consentiría en ser mi esposa? ¿No sería á sus ojos indiferente?

—Indiferente no puede ser... quién... tendrá derecho... para llamarme al altar, dijo chocando sus dientes y balbuceando la joven.

—¡Derecho! exclamó amargamente Roberto.

—Derecho que le dan sobre mi corazón... sus nobles prendas.

—No puedo casi creerlo... perdonad... tanta dicha es casi imposible. Repetidme vuestras palabras otra vez, ¡por favor!

—Creedlo, Roberto, creedlo... soy yo también muy feliz en este momento. Florinda será la esposa de Roberto, dijo vacilando y mirando con sus hermosos ojos al cielo, como dictada por la sombría y feroz mirada de su padre, que de ella no las había apartado desde el principio de su conversación con el caballero.

—Gracias, gracias, ¿qué he hecho, Dios mío, para tanto merecer? Qué buena sois, Florinda,

os amo con... exclamó Roberto apasionadamente, cayendo á los pies de la hermosa, y sin poder acabar su frase, abogado por la emoción que experimentaba.

El barón volvía desde un extremo de la habitación, á donde estaba el interesante grupo de los dos jóvenes.

—¡Ah! al fin os entendisteis, gracias á Dios, tiempo era. Roberto de Acuña, ¿consentís ahora en ser esposo de Florinda? Hija mía, ¿consentís en este enlace, no es verdad?

—Sí, sí, contestó el joven.

—Sí, respondió Florinda.

Los síes de él fueron un grito de júbilo. El sí de un enamorado que ve correspondidos sus amores.

El sí de ella fué débil, desgarrador, delirante, el sí de la desesperación.

Roberto creyó su emoción efecto del pudor.

La joven, no pudiendo ya sostenerse en pie, cayó de rodillas murmurando entre dientes una plegaria. ¿Rezaba ó maldecía? Don Beltrán se apresuró á levantarla sin poderlo conseguir, y con voz solemne continuó:

—Vuestras voluntades son unas, hágase vuestra felicidad, en la que también á vuestro padre le toca una parte. Dentro de tres días se efectuará el matrimonio en la capilla de nuestra mansión. Disponeos, hijos míos, para la ceremonia.

El valor, la fuerza de voluntad, la energía, la obediencia, abandonaron á la bella, su tez se puso densamente pálida, sus ojos vagaban en el espacio; llevóse sus crispadas manos á su cabeza, pareciéndole que iba á estallar; su boca se contrajo horriblemente, pasó un caos en su interior, é inclinándose hacia atrás hubiera rodado en el pavimento sin el caballero, que asustado por los síntomas anteriores voló en su socorro, deteniendo en su caída á Florinda en sus brazos.

Don Beltrán, al ver el cuerpo contraído y las violentas convulsiones que la agitaban, se arrepintió de su dureza anterior (tardío arrepentimiento por cierto de su egoísmo y dureza), y vertiendo lágrimas dolorosas arrodillóse ante el cuerpo inanimado de su hija, cogiendo una de sus manos, besándolas con delirio y gritando:

—¡Florinda mía de mi alma! ¡Hija mía!

¡Era padre!

Los sirvientes, escuderos, dueñas, pages, acudieron á los gritos, y enterándose de lo ocurrido, prestaron sus servicios á su desgraciada ama.

Florinda fué trasladada á su cuarto, aplicándole los remedios que se creyeron mas á propósito para su restablecimiento.

Su desolado padre se colocó á la cabecera de su cama, resuelto á no separarse de ella hasta ver á su hija en completa salud, ó resuelto á presenciar sus últimos momentos en caso que pereciera. Pero esta idea le volvía loca y se moría. Seguro estaba de que su existencia no se prolongaría mucho.

## SEGUNDA PARTE.

## VII.

## LUIS DE RICHEMONT.

Tres días han transcurrido desde los últimos acontecimientos hasta la época en que volvemos á anudarlos. Dos caballeros salían á la hora del alba del castillo de don Beltrán, en magníficos alazanes y galopando silenciosamente, guardando el uno del otro respetuosa distancia, como si fuera amo y criado. Dirigieron sus caballos á la vecina selva, y entraron en ella á tiempo que el astro luminoso del día empieza su camino. Este magnífico espectáculo apenas les llamó la atención, lo que probaba cuán distraídos y preocupados iban, pues por mas acostumbrados que á él estemos, siempre miramos con admiración su grandeza.

Largo rato caminaron sin detenerse hasta llegar á un aislado torreón, cuya puerta, previas las ordenanzas y precauciones necesarias, les fué franqueada por un hombre armado. Uno de los caballeros cruzó el portón, dando antes algunas disposiciones á su acompañante, y hablando al armado cancerbero, se dirigió á una



escalerilla que este le indicó con la punta de su lanza; el otro caballero, llevando el caballo de su compañero del diestro, le imitó en pasar el portalón y en hablar al hombre de armas, el que también le indicó una puerta, á la que como el primero, encaminó las dos cabalgaduras. Sigamos al primero, que nos pondrá en relaciones con el héroe de esta leyenda, y nos introducirá á su presencia con la debida política usada entre los hombres políticos, se entiende, *no políticos*.

El caballero cruzó algunos salones, y no paró sino en uno mas espacioso que los demas, suntuosamente amueblado, y en el que habia un hombre con la cabeza inclinada entre sus manos, contemplando un objeto que en ellas tenia. Al ruido que el desconocido hizo al entrar, procuró ocultar el objeto de su contemplación, y alzando su admirado rostro, clavó su mirada en el del que acababa de entrar, como si le costara trabajo conocerle, ó que conociéndole no daba crédito á lo que los ojos le aseguraban.

—¿Sois vos? no os esperaba, caballero, le dijo.

—¿Por qué no? ¿Tan poca fé dábais á mi palabra?

—Os esperaba, pero nunca creyera que hoy estuviérais aquí.

—Alguna razon tendreis para fundar vuestras conjeturas.

—Ciertamente que sí, no os ofendais porque os considero como á mi amigo, como á mi hermano; pero, añadió con melancolía el triste, en la felicidad somos muy egoistas, teniendo razones para obrar así; es tan escasa y tenemos tan poco tiempo para gustar sus encantos, que apenas aplicamos á nuestros labios los bordes de la copa del placer, nos es arrebatada, y debemos procurar que así no se verifique, no atendiendo exclusivamente sino á nosotros.

—Bien decís á fé mia, y lejos estoy de incomodarme por vuestras palabras, antes bien, digo como vos hace poco. ¡Es tan corta la felicidad!

—¿Qué, ¿también seréis desgraciado?

—¿Luego lo sois vos? Ya me lo habia sospechado.

El interpelado se sonrió dulcemente, y dijo.

(Se continuará).

## BRAZO DE CUERO Y EL HOULAN.

En Saint-Mathieu-des-Garennes, obispado de Vannes, vivía un tal Renato Kaer, con el apodo de Brazo de Cuero, quien tenia por adversario al salvaje *Oullan*, conocido con el nombre del *Houlán* (1).

Su enemistad nacia de que el último, furioso de haber sido vencido en una lucha por Renato, habia robado la novia de este, Maria, y se la habia llevado á sus guaridas, de cuyas resultas habia muerto á poco tiempo de volver á su pueblo, dejando á Renato desconsolado por la muerte de su futura.

Renato habia jurado vengarse.

Los bretones son de excelente corazón, pero cumplen de ordinario mas religiosamente que seria preciso los juramentos de ese género.

El Houlán lo sabia, y por lo mismo se guardaba de Renato tanto como de los gendarmes.

No se aventuraba á salir de su retiro sino en las noches muy oscuras y á grandes intervalos.

Las aldeas circunvecinas estaban casi tranquilas.

Apenas si el Houlán hallaba aun medio de dar un mal golpe por semana, siendo así que antes no pasaba día sin hacer una de las suyas.

Renato descolgaba todas las mañanas la vieja escopeta suspendida encima de la chimenea, y se ponía en campaña.

Se sepultaba entre las altas aliagas de los eriales, registraba matorrales y arbolados, cual si anduviera á caza de un animal feroz, pero en ninguna parte hallaba lo que buscaba.

Por la noche volvía á casa con la cabeza baja

y los ojos sombríos, y se sentaba en silencio á la mesa del viejo Kaer.

—Y bien, hijo mio, preguntaba este último: ¿has hallado la pista?

—Nada.

Esta palabra se escupaba penosamente á través de los dientes apretados de Renato.

Desde que la habia pronunciado, guardaba un obstinado silencio, comia algunos bocados y se retiraba.

Por mas que su padre le echaba sidra de la mas espumosa de su bodega, y proponia un noble brindis, que el viejo *chuan* (4) no olvidaba jamás, Renato parecia muerto á todo; vivia en un solo pensamiento.

Al leal brindis del viejo, se sacaba el sombrero y acercaba su escudilla para trincar, pero sus labios no hacian mas que tocar la bebida.

—¡Perdon, padre! decia entonces. No hago mas que entristecer los dias de vuestra vejez. Yo querria sonreír cuando vos sonreis: querria estar alegre para alegraros; pero él ha matado á Maria, padre mio; ¡y Maria no está aun vengada!

—¡Eso es muy cierto! decia entre dientes el viejo.

El tunante ha matado á la pobre muchacha, y anda aun corriendo.

Esto era dicho á manera de consuelo, y como es de suponer, producía un efecto contrario.

Renato se marchaba gimiendo.

Cuando habia partido, Kaer bebia las dos escudillas á fin de no desperdiciar nada.

—¡Eso es muy cierto! repetia.

El gran tunante anda aun corriendo...

¡Ah! ¡si yo tuviera mis piernas de quince años!

Una noche que Renato estaba mas triste aun que de costumbre, Kaer le dijo:

—Escucha, hijo mio, estás haciendo un oficio muy tonto.

No es por el día cuando se puede cazar sin podenco.

Estoy viendo que es preciso que yo me mezcle en la cosa.

Ponte tus polainas y partamos.

Renato quiso pedir esplicaciones, pero el viejo cogió su palo de acebo, y salió.

Era aun noche.

Renato siguió á su padre, mas bien para velar sobre él que con la esperanza de descubrir á su enemigo.

El viejo Kaer marchaba por encima de las gruesas piedras del camino, con paso pesado, pero seguro.

—Puede ser que no le encontremos así á la primera vez, decia; pero tengo grande conocimiento de todos los escondrijos del país.

Puesto que yo me mezclo en la cosa; ¡cuidado con él!

Mira, ¿has visitado el cerrillo de Vesme?

—No, padre.

—Pues es preciso principiar por allí.

En el tiempo en que nosotros combatíamos por el rey (Kaer se descubrió), yo me he ocultado en el molino de Vesme, y los *azules* no han visto allí mas que fuego.

—Vamos al molino de Vesme, dijo Renato.

Y tomando la delantera preparó su escopeta.

Una vez resuelto el punto de la escursión, el padre y el hijo echaron á andar en silencio y sin ruido.

No obstante la densa oscuridad, Renato elegía por instinto en medio del intrincado laberinto de senderos que cruzaban los eriales, el mas corto y el mas seguro.

Por mas que el camino se cruzaba á cada paso, se dividía hasta lo infinito, daba caprichosas vueltas, y se confundía, como hacen todos los senderos de los brezales de Bretaña. Renato seguía marchando sin desviarse, sin vacilar, y volviéndose solamente de vez en cuando para echar sobre su padre una mirada de solitud.

—¡Avanza! ¡avanza! decia el viejo. Me parece que olfateo la pista.

¡Jesus santo! ¡El bandido va á chuparse una buena!

Desde Saint-Mathieu-des-Garennes hasta el cerro de Vesme, en donde está situado el mo-

lino de este nombre, hay dos leguas mortales.

Nuestros dos paisanos atravesaron muchos tallares y llanuras erizadas de matorrales, saltaron mas de una zanja, pasaron mas de una pendiente, y por último llegaron.

El cerro de Vesme es una eminencia de forma cónica, cuya base está rodeada de gigantes cos castaños.

Un monte tallar ocupa la zona superior, y en la cima se hallan las ruinas de un molino de viento inservible, pero cuya torre ha quedado en pie.

Alrededor del cerro se estiende hasta perderse de vista el terreno erial, árido y como tostado por los rayos de un pesado sol.

Es un paisaje singularmente triste y desolado.

En ese lugar la soledad pesa, el corazón del transeunte se abate bajo tristes pensamientos.

El viagero, cuyos pies están ardiendo, echa una mirada distraída sobre la parda torre, se enjuga el sudor de su frente á la sombra de los árboles, y prosigue su camino.

Nada es tan melancólico como un oasis de Bretaña, porque de acá y de allá, de cualquier lado que uno se vuelva, no halla mas que fatiga, tedio, el ardiente sol y la páfida reberveración de los eriales.

Era media noche, y por eso nuestros viajeros no sufrían sol.

Cuando llegaron al pie del cerro habia salido la luna, y corria tras de nubecitas negras que orlaba de una faja blanca y diáfana.

Tan pronto aparecia súbitamente, inundando de luz el paisaje, como eclipsada por los vapores retiraba sus pálidos rayos y lo cubria todo de tinieblas.

El viejo Kaer y su hijo se metieron entre el arbolado.

—Desconfía, hijo mio, dijo el primero alojando el paso, y redobla las precauciones.

Renato le imitó.

Al tocar la linde del monte tallar, el viejo Kaer se paró.

Aguardó con paciencia á que llegara uno de esos frecuentes y cortos eclipses de que acabamos de hablar, y tomando su tiempo, se echó sobre las manos y avanzó de nuevo.

Renato le imitó también.

Unos treinta pasos le separaban de la torre.

Marchaban, ó mas bien se arrastraban sin hacer ningún ruido.

El viejo Kaer bajaba la cabeza á cada paso, cual si consultara el suelo.

—¡Está ahí! murmuró súbitamente echándose boca abajo.

Renato se sobresaltó de odio é hizo un movimiento para saltar adelante, pero su padre le retuvo fuertemente del brazo repitiendo:

—Está ahí, desconfía, hijo mio; si nos ve el primero, tú no vengarás á Maria.

Como para probar lo que decia, el viejo se atrajo á su hijo y encorvó su cabeza hasta el césped en que yacían los despojos de pan negro y algunos huesos medio roídos.

—¡Será su última comida! murmuró Renato con sombría voz.

Luego añadió:

—Padre, quedaos aquí.

Yo debo entrar solo en la torre... Uno contra uno.

—Es justo, hijo mio, dijo tristemente Kaer. Sin embargo, habria querido echarte una mano, pero no se puede.

¡Ve, y que Dios te ayude!

Renato principió á trepar dirigiéndose hácia el molino, cuya puerta estaba abierta.

Iba á introducirse en las bodegas, cuando creyó oír un grito ahogado en el sitio en que habia dejado á su padre.

Este grito fué seguido inmediatamente de una fuerte carcajada.

Renato se lanzó fuera.

—¡Alto allá, guapo! dijo la áspera voz del Houlán.

Si das un paso mas, despedazo la cabeza de tu padre.

La luna, que pasaba entre dos nubes, iluminaba la escena.

Renato vió al Houlán, que con una rodilla sobre el pecho de Kaer, le apoyaba una pistola en la sien.

(1) Así se llaman en esta parte de la Bretaña los obreros de los canales, las minas y las fortificaciones.

(4) Nombre dade á los insurgentes de la Vendée.



—¡Piedad! ¡piedad! gritó.  
—¡Piedad! ¡piedad! repitió el bandido remendándole. ¡Eso merece reflexion! Majito, no te mueves!

¿Qué venias á hacer aquí?

Renato no respondió.

—¿Venias á pagarme tu deuda como buen muchacho, no es verdad?

Pues bien, te doy por pago, y vamos á hacer un trato.

¡No te menees!

Involuntariamente Renato se había acercado, pero se detuvo viendo al bandido bajar de nuevo su arma.

—No hagas caso de mí, hijo mio, dijo el viejo sofocado por la rodilla del Houlan.

—¿Qué quieres de mí? preguntó Renato á este último.

—Prométeme el dejarme tranquilo, y suelto á tu buen hombre.

—¡He jurado!... murmuró Renato encorvando la cabeza.

—¡Y María ha muerto! gritó Kaer. Hijo mio, no prometas nada.

—Corriente, dijo el bandido sonriendo.

Entonces, decid un Padre nuestro, mi buen hombre.

Y tú no te muevas, ó te despacho.

—¡Pideme otra cosa! gritó Renato, cuya cabeza se perdía. Pideme todo lo que quieras.

El Houlan se rascó la frente, y repuso.

—Muy bien, se podría arreglar la cosa lo mismo...

Tú has jurado; está bien. También yo he jurado conservar mi piel el mas tiempo posible... Si tú tienes empeño en cazarme, prométeme á lo menos no emplear contra mí el hierro ni el fuego.

—¡Lo prometo! exclamó Renato apresuradamente.

—¡Júralo!

—¡Lo juro!

—Entonces, majito, te deseo buena suerte. En cuanto á María, que era una guapa chica á fé mia, no veo bien cuándo podrás vengarla.

—Eso es cosa que no te atañe.

—Gracias por vuestra visita, queridos.

A estas palabras el Houlan soltó á Kaer y se metió entre los tallares.

Renato no pensó en perseguirlo.

—¡Buen Jesus! dijo doloridamente Kaer levantándose.

¿Cómo hacer ahora!

¿Ni hierro ni fuego!

¿Cómo hacer?...  
—No sé, respondió Renato, pero le mataré.

En seguida se volvieron á Saint-Mathieu-des-Garennas.

Desde este día Renato se revistió, para no dejarla mas, el arma de defensa de los justadores, el látigo, lo cual hizo darle el nombre de Brazo de cuero. Jamás salía sin haber enrollado alrededor de su cuerpo un buen látigo de San Juan que él mismo había trenzado.

¿Ni hierro ni fuego!... Le quedaba la cuerda. Trascurrieron muchos meses.

Renato volvió á menudo al cerro de Vesme, iba de día y de noche, pero el Houlan había elegido sin duda otro domicilio.

Renato no le hallaba jamás.

Y sin embargo, no perdía ánimo y seguía buscándole.

El viejo Kaer, á pesar de su obstinacion bretona, se cansaba de esa persistencia.

—Hijo mio, le decía, tú has hecho lo que has podido. La pobre muchacha, que ahora es una santa del cielo, ha perdonado... trata tú de olvidar, hijo mio.

Renato, que obedecía siempre á su padre, trató de olvidar, pero no pudo.

Algunas veces, los domingos por las noches, cuando el gentío había abandonado la plaza de la iglesia, saltaba las paredes del cementerio, y se arrodillaba sobre el césped al pie de una pequeña cruz, que tenía el nombre de María. Trascurrian las horas, y Renato permanecía

de rodillas, hasta que la voz de su padre venia á arrancarle de sus lágrimas y de sus recuerdos.

¡Desgraciado del hombre que hace llorar á un breton!

En una caliente mañana de otoño, á eso de las dos de la tarde, Renato, segun su costumbre, andaba errante con el látigo alrededor de sus riñones y el mango de cuero al brazo.



El Houlan.

Sin saberlo, llegó al camino real de Redon, mas arriba de la villa de Beins, á ese sitio en que el polvo azulado anuncia la vecindad de las grandes canteras de pizarra de Saint-Perren.

Como seguia su camino al acaso, oyó pasos de caballos y se paró.

Eran dos gendarmes.

A veinte pasos de Renato se pararon, y uno de ellos, subiendo por un sendero que daba vuelta á una cantera abandonada, pronunció estas palabras:

—Allí es donde se oculta.

Renato se sobresaltó, y se despertó violentamente su idea fija.

Cuando los gendarmes se metieron por el sendero, los siguió por instinto.

Al cabo de muchos rodeos, los gendarmes llegaron al pie de un piton calizo, en cuya cima estaba durmiendo un perro que se levantó sobre las cuatro patas y llenó el aire de ladridos.

Un tiro de carabina echó á rodar el perro al fondo de la cantera.

Entonces se apearon los gendarmes.

Pero apenas principiaban á subir, cuando sobre la última punta de la roca se mostró un hombre de fuerte talla, destacándose en el azul del cielo los perfiles de su hercúlea estatura.

El rencoroso instinto de Renato no le había engañado.

Aquel hombre era el Houlan.

Los gendarmes y el Houlan apuntaron sus carabinas casi en el mismo instante, pero los gendarmes temblaban, porque la fama del bandido les causaba miedo.

Dispararon al mismo tiempo, pero todo se redujo á ruido y humo.

Cuando el Houlan disparó á su vez su carabina de dos tiros, el sombrero de uno de sus adversarios fué rodando al fondo del abismo; el otro soltó su carabina y dió un grito de dolor; tenia un brazo roto.

Renato miraba el combate y aguardaba.

No acudió al auxilio de los gendarmes, porque el paisano breton, con razon ó sin ella, ve en el gendarme un enemigo natural.

Pero Renato tenia aun otro motivo.

El Houlan le pertenecía; estaba celoso de guardar al Houlan á su venganza.

Cuando los gendarmes montaron á caballo para huir al galope, Renato soltó su látigo y principió á subir la cuesta.

—¡Tambien tú! exclamó el Houlan riendo alegremente y cargando su carabina. Me forzarás á que te envíe á reunirte con María...

¡Una guapa muchacha, á fé mia!

¡Vamos, lárgate!

Los músculos de la cara de Renato se contrajeron, pero prosiguió subiendo.

—¡Lárgate! repitió el bandido.

¡A la una!... ¡A las dos!...

Y apuntó.

—¡A las tres! gritó en seguida.

Y el tiro partió.

Renato tambaleó, pero continuó subiendo.

El bandido rechinó los dientes y blasfemó.

Luego apuntó de nuevo y con cuidado.

Cuando resonó el tiro, Renato volvió á tambalear, pero estaba ya á pocos pasos del Houlan, y continuó subiendo.

El Houlan arrojó su carabina con rabia y empuñó un cuchillo.

—¡Entrega tu alma á Dios! dijo Renato con voz lenta y grave.

Y su látigo se desarrolló y cortó el aire silbando.

Hábilmente dirigida, la cuerda se enrolló alrededor del cuello del Houlan, que perdió la respiracion y se puso cárdeno.

La plataforma en que se hallaban los dos adversarios era estrecha, y dominaba un precipicio sin fondo.

El Houlan, que se sentia perdido, se puso derodillas.

—¡Entrega tu alma á Dios! repitió Renato.

Por la noche cuando Renato volvió á su casa estaba pálido y apenas podia sostenerse.

Al entrar se dejó caer sobre un banco.

—¿Qué tienes, hijo mio? preguntó Kaer con inquietud.

Renato hizo un esfuerzo para hablar, pero solo pudo mostrar su hombro y su brazo.

El viejo Kaer comprendió.

Arrancó la chaqueta de su hijo, y descubrió dos heridas: una en el brazo y la otra en el hombro.

—Esto debia suceder algun día, dijo entre dientes el viejo lavando sus heridas: ya me lo prometia.

Afortunadamente saldrá del apuro con quince dias de cama.

—Dime, hijo mio, añadió en voz alta, ¿es el quien te arregló de este modo?

Renato hizo una seña afirmativa.

—¿Y qué le has hecho tú?

Un relámpago de salvaje orgullo brilló bajo el párpado de Renato, que aun pudo reunir fuerzas para responder:

—Padre mio, yo había jurado... ¡y María está vengada!

—

EL GASTRONOMO.—Un comedor, consagrado enteramente á su vientre, se hallaba en la mesa con gentes que suscitaron una conversacion muy animada y ruidosa, y exclamó:

—Silencio, señores, que no se oye lo que se come.

—

CUANDO HAY PARA SEIS HAY PARA OCHO.—Repetian este refran tan vulgar en casa del arzobispo de Burgos, de que cuando hay para seis hay para ocho, y respondió el prelado:

—Si se habla de velas.

—

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.